



NUM. 118

BARCELONA, 10 AGOSTO 1901

25 CENTS.

Ayuntamiento de Madrid

Eran los romanos muy supersticiosos, y aun parece que lo siguen siendo, no menos que los pueblos sometidos á su dominación, y entre las supersticiones más arraigadas se hallaba la de deducir presagios del vuelo de las aves, *ciencia* vinculada en la corporación de los *augures*. Verdad es que, según cuentan, cuando se encontraban dos de esos personajes no podían contener la risa.

Con todo, había augures que creían á pies juntillas en las señales, favorables ó nefastas, del vuelo de las aves, del exámen de las entrañas de los animales sacrificados, del tropiezo en el umbral de la puerta, del derramamiento de la sal, etc., etc. Y á este número pertenecía el bueno de Ibico, que *forecía* bajo el imperio de Neron.

Un día, pues, que se hallaba en el Circo presenciando como todos sus convecinos y convecinas una interesante carnicería de gladiadores, hubo de levantarse poseído del más terrible espanto al ver la manera de volar de una bandada de grullas. ¡Ay de Roma! ¡Qué tremenda catástrofe presagiaban aquellas aves! Y en efecto, á los pocos días, ardía Roma, como había arvido en otros tiempos Troya. Neron, que era un higienista de primera fuerza, había querido sanear los infectos barrios de la gran ciudad por el procedimiento más seguro y expeditivo: el fuego.

Desgraciadamente no fué bien apreciada su regeneradora idea, y el pueblo se dió á murmurar y á acusarle del incendio (que había ordenado secretamente), en vista de lo cual Neron les echó la culpa á los picaros y desalmados cristianos, y así fué como perecieron en el martirio San Pedro y San Pablo, víctimas de aquella persecución, la primera de que fueron víctimas los fieles de la iglesia de Jesucristo.

Sabido es cuan horrible fué aquella persecución, hoy universalmente conocida gracias á la propagadísima novela *¡Quo vadis?* Duros tiempos fueron aquellos para los cristianos, y ninguna religión puede vanagloriarse de contar con tanto número de mártires como la nuestra.

Poco pensaría sin duda Ibico al observar el vuelo de las grullas que su terrible presentimiento se refiriese á los cristianos, que fueron al fin y al cabo los que más sufrieron las consecuencias del incendio de Roma. Neron pudo recobrar su popularidad acusando á los inocentes discípulos de Jesús, y éstos pudieron poner á prueba desde entonces su inquebrantable constancia.

A pesar de lo absurdo de la superstición gentilica del vuelo de las aves, no consiguió ser desterrada tan fácilmente, y perduró por espacio de muchos siglos. Hoy, al parecer, está extinguida, pero en cambio subsisten muchas otras, cuyo origen se remonta á millares y millares de años. ¡Cosa rara! ¡Nada más fácil que perpetuarse una creencia infundada! ¡Nada más difícil que propagar una verdad reciente! Lo cual no dice mucho, si bien se reflexiona, en favor de la inteligencia del vulgo.



LAS GRULLAS DE IBICO, cuadro de Iliet

JULIO L. CARRION

DE ZOCO EN COLODRO

La acción en la galería del balneario *La Estrella*, que hay en un puerto del Norte del que el autor no se acuerda.
Personajes: don Nicasio Gómez, comerciante en telas, que en aquel puerto... ¡el qué fuere! con los suyos veranea, y Joaquinito Regúlez, un muchacho de la *crema*, que es tonto de capirote y las da de calavera.

Apoyado en la baranda y como aquel que algo acecha el memo de Joaquinito se pasa las horas muertas. A todos les ha extrañado y ya todos lo comentan.

—¿Qué mira? —¿Qué le sucede? —¿Qué aguarda? —¿Qué le embelesa? Hasta que el bueno de Gómez, que por allí se pasea, y es curioso como pocos, ya decidido, se acerca y empieza a hablar con Regúlez: —¿Cómo sube la marea!

—Sí... —¿Cómo sopla la brisa! —Sí... ¡Cállese usted, que es ella!

—¿Ella? —Sí: es que estoy chifado por una mujer morena, que está casada con uno que parece una pantera. Ella me quiere... Lo ha dicho... Pero por desgracia nuestra, ni aun puede hablarme, pues sabe que su marido la estrella, porque le gana en lo bruto a aquel moro de Venecia. Como usted comprenderá aquí solo puedo verla a mi sabor... ¡Ah, me mira! ¡La he vuelto loca!

—¿Es aquella? (Antes de seguir conviene que haga una leve advertencia. Que no habían tal marido, ni tal mujer. Que esa era para dárles de tenorio estudiada estratagemas). —Sí usted no lo dice...

—No. —Sí jura que no lo cuenta... Pues es aquella tan guapa que sale de esa caseta... Fíjese usted bien... ¡Qué pelo! ¡Y qué hermosura de piernas! Quédase lívido Gómez, y, al verlo, Regúlez tiembala. —¿La... conoce usted?

—Sí, mucho. Es mi mujer. —¡Zapateta! Y para arreglarlo añade: —¡Uy, calle usted, si no es esa! ¡Confusión inoportuna! Es aquella de la izquierda... Mire usted con los gemelos... Esa del traje grosella...

—Mi hermana... Recién casada con un industrial de Cuenca —¡Caracoles! He venido con la vista descompuesta. ¡No es esa tampoco!

—¿No?



—Es aquella que ahora entra en el agua.

—¿Cómo? —¡Es imposible!

—Porque esa es mi suegra que es fea como un demonio ¡y envió el año ochenta!

FELIPE PÉREZ CAPO



FLORES Y NARANJAS; cuadro de L. Fildes

LA NOVELA DE UNOS OJOS

Eran unos ojos azules, muy azules, mucho más que el cielo en luminosas mañanas de estío; eran unos ojos azules colocados en un rostro pálido, rodeados de doradas pestañas, sombreados por rizos rubios que caían sobre la frente y hasta los ojos llegaban en deliciosa confusión; eran dos turquesas muy claras encarzadas en oro y colocadas sobre raso blanco.

Había tal encanto en las miradas de aquellas pupilas, se reflejaba en ellas tan serena y tan pura un alma de niña que todos los que las contemplaban no sabían que admirar más; si la belleza estética del cielo aquél ó lo que en aquel cielo se reflejaba.

Azules eran las pupilas, azul era el alma. Parecíanse á esos lagos en los que la pureza de sus aguas permiten ver el fondo y en las que éste y aquellas son del color de los cielos porque los cielos se reflejan en ellos.

Todo lo miraban con curiosidad los rasgados ojos y sólo miraba con amor la hermosa criatura que los poseía cuando en su madre los fijaba ó cuando los elevaba para adorar á una Virgen á cuyos pies la habían enseñado á rezar; una Virgen con ojos de cristal tras de los que la niña creía ver un alma que siempre consolaba esperando.

Pasó algún tiempo; en los ojos, héroes de nuestra historia, palpitaba un alma enamorada, y si encantos tenían antes aquellas pupilas luminosas, más contenían entonces, pues á la pureza unían el amor cuando se encontraban frente á unos ojos verdes de mirada atrevida, valiente y varonil.

Fué un delicioso idilio el de aquellas pupilas tan distintas que á fuerza de mirarse se quisieron. Las almas que en ellos palpitaban se fundieron en una mirada muy larga.

Siempre se estaban mirando y cuando no se veían se adivinaban.

Una noche, una hermosa noche de primavera en la que el cielo se cubrió de estrellas y la tierra de flores engalanándose así para festejar la fiesta del amor, las pupilas azules vieron más cerca que nunca á las pupilas verdes; después, después sólo sintieron que sus párpados caían con languidez y que unos labios ardientes se apoyaban en ellos y los besaban mucho.

Fué aquella una despedida, una despedida muy triste porque la separación iba á ser muy larga, quizá eterna. Se separaron aquellos ojos que tanto se querían y las pupilas azules vertieron perlas que nadie recogió; al llanto por el dolor producido siguió el llanto que la vergüenza hacía brotar y como nadie consolaba estas lágrimas, como por todos eran despreciadas; como los labios que antes besaron los pálidos párpados no venían á enjugarlos, las lágrimas cesaron, los ojos miraron al cielo y el cielo era de un color gris, siniestro, lúgubre. Buscaron una noble mirada en otros ojos y ninguna encontraron.

¿Por qué sería? La pobre mujer lo comprendió. Los ojos nunca mienten y de los suyos había huido la pureza del alma que en ellos se había reflejado.



Hoy son los ojos de nuestra historia dos azules lucecillas que miran incitantes, sombreados por los rizos teñidos de un rubio llamativo.

Las orejas los achican, la pintura los agranda, la borrachera los enrojece.

Cuentan que muchas veces se encontraron con ellos las verdes pupilas; siempre se miran pero nunca se conocen.

La novela de los ojos es la novela del alma.

JOAQUÍN AZNAR



A CAZA DE GANGAS

No podemos remediarlo, nos gustan las gangas, y siempre andamos á caza de ellas.

Vivir de momio es el ideal, no diré de la bumanidad, porque no se me tenga por exagerado, pero sí de la inmensa mayoría de los españoles.

Nuestros compatriotas por buena posición que tengan, no desdeñan nunca una ganga, aunque sea solo por no desmentir la frase, que á fuerza de repetirla ha sentado plaza de axioma, *á nadie amarga un dulce*.

De aquí el que todos deseemos los momios, y pongamos en juego toda clase de recursos para conseguirlos.

En España son muchos los caballeros que de momio viven; lo mismo los funcionarios públicos que no asisten nunca á la oficina, como los consejeros de sociedades anónimas que cobran pingües sueldos por no hacer otra cosa que poner el peso de su influencia, cerca del Estado, á favor de las mismas.

Los que no pueden conseguir tan buenas gangas son más modestos: se contentan con pequeñeces. Las compañías de ferro-carriles y las empresas teatrales pueden corroborar lo que digo.

Llegada la época veraniega, á pesar de la rebaja de precios, las primeras se ven asediadas por todo género de recomendaciones solicitando billetes de libre circulación para los puertos de mar.

Y no se figuren ustedes que quien los solicita es solo gente de poco pelo; los piden también personas adineradas, para las cuales es una bicoca el importe del billeteaje, pero lo que ellas dicen:

—¡Da tanto tono viajar gratis!

Porque viajar gratis, no significa carecer de recursos; todo lo contrario, demuestra importancia, posición, influencia...

Esto lo saben muy bien los revisores de los trenes, que podrán ser más ó menos amables con el público *pagano*, pero que guardan toda clase de consideraciones á los que viajan con billetes de favor.

Por supuesto, que esta clase de viajeros es la que peor habla del servicio de los trenes, comparado con el de otras naciones, y sobre todo del de las fundas.

—¡Qué país este!—me decía un señor que viajaba á la mitad de precio.—Aquí no hay consideraciones para el público, ni vergüenza ni nada... ¿Cuánto dirá usted que me han llevado en el *restaurant* de la estación por un café con tostada?

—Usted dirá.



—¡Una peseta!

Lo gracioso del caso fué que, momentos después, al descontenta-lizo viajero le detuvo una pareja de la guardia civil, por haberle devuelto la *tostada* al fondista, en forma de un billete falso de á cinco duros.

Los que por obligaciones ineludibles, ó falta de recursos, tienen que permanecer en Madrid durante el verano, procuran pasarlo lo mejor posible divirtiéndose de momio.

De aquí el sin número de familias, de la clase de *tífus*, que invade todas las noches los jardines del Buen Retiro.

Por cierto que en este delicioso sitio de recreo se suelen oír diálogos parecidos.

—¿Has visto á las de Merengue?

—No.

—¡Ues no pueden faltar.

—¿Por qué?

—Por *pegajosas*.

—Míralas, ahora entran.

—Esta noche vienen de sombrero.

—Estás equivocado; como de costumbre, vienen de gorra.

Tratándose de gangas, hay personas afortunadas que obtienen cuantas desean, y en cambio hay otras infelices que jamás tienen ninguna.

Verdad de Pero Grullo, dirán con razón los lectores.

Entre las infortunadas figura mi compañero Casimiro Lira-lúgubre, poeta melenudo y romántico, que presume de eminente, el cual desde que sabe que se va á inaugurar pronto el panteón de literatos ilustres está loco de contento.

—Chico, soy feliz,—me dijo.

—¿Por qué?—le pregunté.

—Porque me enterrarán de momio.

En un país como el nuestro en el que todo el mundo anda á caza de gangas, es natural que los que por su posición política pueden fácilmente obtenerlas, también las pidan.

Y esto acaba de suceder con la proposición de ley presentada por los padres de la patria, para que el Congreso les abone los gastos de viaje.

Me parece muy justa la proposición.

Sí yo fuese diputado le añadiría una enmienda que no dudo sería aceptada por todos ellos.

¿Quiéren ustedes saber cuál?

Que se les abone también los gastos de pupillaje, á razón de dos pesetas con principio, y que además, en concepto de propina, se les obsequie individualmente con una chica... de cerveza.

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE



RECUERDOS

Yo no se lo que siento
cuando me acuerdo de ella...
que su recuerdo solo
mi espíritu atormenta.
Yo quiero recordarla,

yo quiero poseerla,
yo quiero á todas horas
pensar en sus ternezas,
pensar en sus caricias,
en las caricias esas

que huellas indelebles
por todas partes dejan.
¡Ay! Cuando en ellas pienso
me lleno de tristeza.

RAFAEL F. ESTEBAN

LA MUJER FUERTE

No era bonita, ni necesitaba serlo, porque tenía gracia verdaderamente irresistible, y como la gracia suele obtener más victorias que la hermosura, Carmen hechizaba á los hombres.

Anselmo, uno de los hechizados, logró la preferencia, y de la situación de novio pudo pasar en cuatro meses á la de marido.

Todo fué bien al empezar, porque el principio del matrimonio es el más agradable de los comienzos. El se miraba en ella, y ella le correspondía: los dos eran felices tomando el pulso á la coyunda, hasta que á fuerza de tomársela dieron con la enfermedad.

Anselmo, enemigo sistemático de los abonos, observó que el abono perpetuo del matrimonio le era tan desagradable como la asistencia á un circo ecuestre todas las noches, y dió en la flor de notar que la cara de su mujer no variaba nunca, pareciendo la misma á principio y á fin de mes, por la mañana y por la tarde, á la hora de comer y á la de cenar, de frente ó de perfil, vertical ó horizontalmente, con papalina ó con sombrero. Halló de mal gusto la asidua consecuencia de la fisonomía de su esposa y

pensó en los naturales encantos de la variedad. Sin embargo, no se salió de sus casillas, y limitándose á permitir las expansiones de los ojos, empezó á mirar á otras mujeres, dándose con antelación esta filosófica disculpa: *los ojos no se casan*.

Carmen, que tenía el pecado de la vanidad, entre algunos más que no recuerdo, siguió dos ó tres veces la dirección de las miradas de su cónyuge, pero sin alarmarse por lo que observaba.

Como desertores incorregibles, íbansele los ojos á Anselmo detrás de la costurera, ó hacia las protuberancias de la planadora, ó frente al paisaje panorámico de las vecinas, ó junto al enhiesto caderamen de la rolliza crinda. Excursiones poéticas que no amenguaban la tranquilidad de la altiva esposa, porque Carmen se creía superior á las demás mujeres, y cuando se hablaba de hermosuras, decía con menoscabo de la modestia: «*Fulana será guapa, Menguana será bonita, pero yo tengo *dngel**».

Repetía el bueno de Anselmo sus excursiones visuales por las sinuosidades y prominencias de la carne prohibida, menudeando los reconocimientos que suelen preceder á la toma de posesión, y de tal manera se estrecharon las distancias, ruborizando á la honestidad, que una noche, la mano avara siguió las indicaciones de los ojos y comenzó á saborear el dulce cosquilleo de los preliminares del contacto, en detrimento de la virtud de la planchadora.

Intervino la Providencia y Carmen, personalmente, pudo enterarse á su sabor de lo que no imaginaba ver. Hubo las consiguientes quejas y los oportunos arrepentimientos, el acto de contrición, la penitencia obligada y el *ego te absolvo*, después de lo cual se reconcilió Carmen con su vanidad ofendida y se retrajo Anselmo de las irrupciones domiciliarias.

Seguro podía estar el expedicionario cónyuge de que su esposa le guardaría el secreto; más, desde que hay paredes, sábese que ven de la misma manera que oyen, y á esta facultad probada y reproducible se debió que la peregrina aventura saliese de los abismos del misterio y llegara á revolotear en las orejas de una señora del gran mundo, tan amiga de Carmen como bien experimentada en las contingencias de la epístola de San Pablo.

Saber el caso, llenarse de consejos la alforja de la conversación, presentarse á Carmen y pedirle todo género de explicaciones, fué para la respetable y sobredicha señora negocio de cinco minutos.



Y la injuriada esposa y su experimentada amiga, sostuvieron, si no han mentido las paredes, el siguiente coloquio:

—¿No habías notado en Anselmo ninguna variación?

—Sí, noté: me pareció que se aburría en casa, y que pasaba en el casino más tiempo que de costumbre, y que miraba á las mujeres con algún entusiasmo.

—¿No hiciste nada para reconquistarle?

—¿Qué había de hacer? ¿No cumplo religiosamente mis deberes de esposa? ¿No los he cumplido desde que me casé?

—Los deberes de una casada son elásticos. Dime como los has comprendido y te diré lo que te conviene.

—Dudo que otra esposa los haya comprendido mejor: obedezco á Anselmo en todo lo que me manda, no tengo celos ni le quito la libertad, cuido de que su ropa esté siempre en regla, y la comida á punto y hora, y hago cuanto me es dable para que nuestros pensamientos vayan siempre acordes.

—De acuerdo marchan también las líneas paralelas y no se encuentran nunca. La esposa debe procurar que el pensamiento de su marido no se extravíe; debe detenerle con la persuasión y el consejo, y no seguirle á tontas y á ciegas como el perro á su amo.

—Pues ya ves que con mi sistema vivimos en paz.

—Esa es la paz de los sepulcros. Si to das por muerta, incitarás á tu marido á que busque una viva. ¡Cuántas mujeres pierden la felicidad porque suponen que su marido no es como los demás hombres, de carne y hueso, y de nervios, y de bilis!

—Cumplo mis deberes hasta donde humanamente es posible cumplirlos.

—Pero tomas el matrimonio al pie de la letra, en prosa, olvidando que hay que revestirlo de alguna poesía. Cumplir un deber reglamentario, no es procurar la dicha en el casamiento. El hombre debe hallar en su compañera un amigo inteligente y un consejero leal, pero sobre todo, debe encontrar los atractivos de una amante. El título de mujer propia es insuficiente por sí solo: preciso es mandar en el corazón del marido al mismo tiempo que en el domicilio conyugal.

—¡Imaginas que una mujer honrada debe emplear las coquetterías y las seducciones de la amante para poseer el corazón de su esposo? ¡Vergüenza horrible! Mi dignidad no acepta esa obligación denigrante que lleva consigo muchas humillaciones. Doy á mi marido cuanto él se merece y yo le debo otorgar. A él le toca sacrificarse por mí, en pago de lo que le doy.

—Pero ya has visto que él buscaba por otra parte.

—Fué un capricho muy pasajero, un conato de culpa que bien se puede perdonar.

—Supongo que despedirías á la planchadora.

—No; ¿para qué? Eso hubiera sido considerarme inferior á ella.

—¿Es guapa?

—Sí; como la cocinera, como la doncella; las tres son guapas y agradables; pero yo valgo más que todas.



—¡Malo! ¡No te fies! En un hogar bien regimentado no debe haber más que una mujer bonita; el ama de la casa.

—Yo estoy bien segura de mi superioridad. Y en último término, si yo creyera que mi esposo trataba de engañarme, ya sabría responder al golpe con el golpe. Soy una mujer fuerte.

—¡Malo! ¡Malo! ¡Nada de hostilidades! Un lazo bien prendido, una palabra oportuna, un suspiro a tiempo, un rebuscado encanto que despierte la curiosidad y tenga el atractivo del misterio y de la variación, logran más triunfos en las batallas conyugales que las armas de la razón ó las de la ira.

—No seguiré tus consejos; mi dignidad y mi altivez me señalan otro camino.

—Pues anda bendita de Dios; yo me lavo las manos.

Separáronse las amigas. Carmen siguió aferrada á su sistema, y dos meses después recogió el premio de sus afanes; Anselmo se escapó con la planchadora.

FABRICIO

ISLAS CANARIAS.—ARRECIFE

La ciudad y puerto de Arrecife se halla en la costa oriental de la isla de Lanzarote. El puerto está formado por un arrecife de lavas, y en invierno suelen refugiarse en él las barcas pescadoras.

Exporta principalmente cochinilla, guisantes, condimentos, cereales, vinos, aguardientes, etc. Es cabeza de partido y su población se eleva á 3,000 habitantes.

La isla de Lanzarote cubre una superficie de 26 leguas marinas cuadradas, cuenta unos 16,000 habitantes y es la más oriental y septentrional del archipiélago. Despojada de sus antiguos bosques hállase sujeta á destructoras sequías y cuenta con cuatro cráteres en actividad, si bien no por eso deja de crecer en ella bien la villa en las cenizas volcánicas y de producir trigo, legumbres y ce-

bada. Los indígenas llamaban á Lanzarote *Titeroygotra* y reinaba en esta isla una civilización mucho más adelantada que en las islas más á Occidente, pues los habitantes vivían en casas de piedra de sillera, al paso que los guanches de Tenerife hacían vida de troglodita, es decir, que se alojaban en cavernas.

En ella se observó la singular costumbre que existe en el Tibet, ó sea la polandria, en virtud de la cual las mujeres pueden tener legalmente muchos maridos.

La isla de Lanzarote fué conquistada en 1417 por el francés Juan de Bethencourt, por haberle cedido la corona de Castilla á dicho aventurero todo el Archipiélago, pero luego fué cedida por pacto de retro á Fernando el Católico.



LA MARINA



VISTA PARCIAL DENDE EL INLOTE DEL FRANCÉS

(Instantáneas de don Arturo Ramírez)



Irene, hechicera Irene; no estás en lo cierto cuando maldices tu dedal, ese compañero inseparable de tu honrado trabajo.

—¡Qué ganas tengo de separarme de él para siempre! —dices en momentos de enojo.

Yo te digo que no sabes lo que desear. Comprendo que es rada tu faena. No es nada agradable levantarse al amanecer, en los crueles días de invierno, y aun con el calorillo de la cama en el cuerpo, echarse á la calle cubierta de nieve, y dirigirse al taller con paso apresurado. Tampoco tiene nada de dulce estar se ocho ó diez horas dale que dale á la aguja, empujada por el dedal, para ganar una modestísima comida. Sí, comprendo tus fatigas, tus heroicas y silenciosas torturas.

Conozco igualmente tus sueños de ambición. ¡Con qué gusto te pondrías en ese cuerpecito tan saleroso un riquísimo traje de seda! Pues, y ¡qué brillo tan deslumbrador despidrían dos diamantes, suspendidos de tus lindas orejitas! De tus pies, no se diga; pocos habría que calzaran mejor y con más gracia unos zapatitos de charol, con hebilla y entrelazada moña.

Sí, Irene. Tu abnegación es inmensa. Se necesita haber nacido para martir para no renegar de la tristísima suerte reservada á las muchachas de tu clase. Ser bella, joven, alegre, y vivir como una vieja, reclusa entre las cuatro paredes del taller, encorbada sobre la penosísima é interminable labor, es, en verdad acción digna de una corona. Corona, si la tienes; pero no de flores, sino de espinas.

Regocijate, no obstante. Ese dedal, que crees hoy que constituye tu infelicidad, es sin embargo el mágico talismán que te preserva de mayores y más horribles infortunios. Merced á él aun no ha hecho presa de esa tu alma el envenenado diente del vicio. Merced á él tu sueño no es atormentado por remordimientos implacables. Merced á él encontrarás mañana la ventura en el amor de un esposo.

No, no maldigas tu dedal. Mejor dicho, no debiera maldecirlo mujer alguna. El es el símbolo de la virtud, de la paz, de la humildad. Aunque es un instrumento tan pequeño, en él se cimenta el verdadero hogar, la tranquilidad de la familia, la dulzura inefable de los corazones que se aman.

Llévalo siempre contigo, encantadora Irene. No te separes de él nunca, rica ó pobre. Aun en medio de las fiestas, al meterte la mano en el bolsillo, y tocarlo, él te recordará tus santos deberes, cuando acaso tu inocente cabecita empiece á sentir el vértigo de los placeres, engendrados por la locura.



¿Dónde hay un espectáculo más hermoso como una mujer cosiendo? Cuando soltera, en el taller; cuando casada, junto á la cuna.

El dedal es alegre, y no rechaza los cantos. Canta, pacs, Irene, mientras coses. Ríe y canta, y tu trabajo te parecerá un recreo delicioso. Las penas pasarán junto á ti, sin tener nada en que posarse. Y la misma buardilla en que habitas, inundada de regocijo, será más habitable que un palacio, sombrío y llamado como un cementerio.

Ya sabes, pues lo habrás leído alguna vez, que ha habido damas principales que no se desdibujaban de manejar el dedal. Y con sus propias manos aristocráticas, cuajadas de joyas en los saraos, cosían las prendas de su familia y hasta las de los seres desvalidos.

Cuando estás cosiendo, Irene, no envidies ni á una reina. ¿Por qué? Porque tú también lo eres, pues tienes tu silla por trono, y tu dedal como emblema gracioso y puro de eterno poderío.

ENSEBIO GALDO

BELLAS ARTES



ACCIDENTE, cuadro por Rouán Ribera

El autor ha sorprendido admirablemente una de esas escenas callejeras que con tanta frecuencia ocurren en las grandes capitales: un coche ha atropellado á un transeunte y causado infinidad de roturas y otros desastres. La gente se aglomera para gozar del espectáculo gratuito, y no tarda en formarse un corro comentando el suceso, pero ya estaría fresco el que quisiera saber la verdad de lo ocurrido pues cada uno da la versión que mejor le parece. Y ya hay conversación para todo el día en casa, en el taller, en el teatro, en el café, sin que falte en ninguno de estos sitios el famoso personaje que dice á cada momento: *yo estaba allí*, aunque, como no es menester decir, no estaba, ni mucho menos.

Ese cuadro, que es uno de los mejores del autor, constituye una curiosa ó interesantísima página de las costumbres de nuestras grandes ciudades, apareciendo sintetizada en él la bodoquería peculiar á los habitantes de las mismas.



AIRES PUROS; cuadro de Clayton

LAS BALEARES



Islas Baleares, trozo de España,
ninfá entre rosas y entro azahar,
un sol fecundo tu frente baña,
besa tus plantas, rendido el mar.

Cuajan tus campos, aves y flores,
típicos campos de Trovador,
y trinos, auras, cantos y amores
van de ti al trono del Creador.

En la alta cima de gran montaña,
grave, imponente, se alza *Bellver*,
castillo y sombra de aquella España
que en tiempo tuvo tanto poder.

Es esplendente, ruda, imperiosa,
toda la parte de *Miramar*,
y el que nombrola por *Valldemosa*
por Dios, que dióse maña en nombrar.

Que allí se admiran el monte hermoso
grave, potente, magno, español,
el negro abismo, y el bosque añoso,
que al Sol le reta, venciendo al Sol.

Allí se observan rudos breñales
por donde el agua va sin cesar.
Prados, do faltan solo *Vestales*,
cogiendo ramos, para su altar.

Y entre esas breñas, montañas, flores,
bosques y abismos, que dan horror,
lanzan sus trinos los ruiseñores,
prestan las auras grato scpor.

De *Valldemosa* volviendo un poco
la vista hallamos *El Molinar*,
que hace en la mente surgir al *Loco*
que un *Manco* supo perpetuar.

Después se extiende *Palma* en estera
que en *Cabo Blanco* tiene su fin,
y do él, muy cerca se ve á *Cabrera*,
cual fiel guardiana de este confin.

Mas todas estas preciosidades,
que á manos llenas dió el Creador
son nada, al lado de las deidades
que en e-tas islas puso el amor.

Pues las isleñas son francas, bellas,
y en sus ojazos se ve á la vez
de las centellas, el fuego de ellas,
de las auroras, la placidez.

Son las mujeres de mis amores,
son de mis sueños la realidad,
son las que pueden con sus candores,
darme la ansiada felicidad.

Por eso pido siempre en mis rezos,
que no me aparten jamás de aquí,
que en ti Baleares, *duerman mis huesos*
pues mi alma siempre vendrá hacia ti.

Islas Baleares, trozo de España.
Ninfá, en quien cifra su orgullo el Sol.
¡Quién te moteje de tierra extraña,
ni sabe historia, ni es español!

RAFAEL DEL VAL

POESÍA BURSATIL.

JEROGRAFICO

Pero ¿para cuando dejan los señores obispos,—y esto no es ser delador, pues todo el mundo lo oyó o lo leyó,—descargar sus báculas contra el actual presidente del Congreso? ¿No se han enterado de la tremenda, de la archi-horripilante herejía que soltó en la sesión de 9 de julio a propósito de la *basijada del papa*, el señor obispo de Panamá, el señor Moret la frecura de decir que el Espíritu Santo había comunicado a los apóstoles la lengua *universal*, ó sea el *volapuk* ó el *esperanto*, siendo así que los infundió el don de lenguas? ¿X que hacen los traductores, cuando el Sr. Moret se permitió *verter* unos versos de Manzoni haciéndolos decir todo al revés?

—¡Oh Español! ¡oh pueblo que, con ser católico, no te ofendes de tener por maestros a los que saben menos de estolicismo que nosotros! ¡oh doctrina!

Para ostras Arcachón,
para Taboadas, Vigo,
y para definiciones
el marqués de Vega Armijo.

Como si no tuviera España bastantes desgracias que lamentar, hubo que registrar hace poco en el teatro de Eldorado, de Barcelona, la degollación de *Hamlet*, tragedia de un tal Shakespeare, desarrreglada al castellano por dos ingenios de la corte, y ejecutada por el Sr. Fuentes y su compañía.

Afortunadamente no hubo que lamentar más que una ó dos reincidencias. Con todo, si llegan á estar allí Aguilera y su bueste, puede que aun continuara el degüello, en forma de *apoteosis*.

JEROGLIFICO

$$AS \quad \frac{G}{A}$$

El eminente alienista Dr. Gilles de la Tourette, sucesor de Charcot en la dirección del hospital de la Salpêtrière ha tenido la desgracia de perder la razón debiendo ser encerrado en un manicomio.

Por no haber perdido desgraciadamente, la *actualidad* reproducimos la siguiente composición poética, original de un vate argentino, que la escribió hace algún tiempo con ocasión de la elevación de los cambios.

Nadie en la Bolsa es sin...	0
allí abundan los pillas...	3
de allí viene el agua...	0
que causa tantos desas...	3
El oro sube, par...	10
como cuatro y seis son...	2
que estamos empaela...	10
Pujadores no abu...	6
Jorge el pueblo no está ch...	8
y el día que nos can...	6
os tragamos cual bize...	8
Bajad el oro bandi...	2
el aviso no es import...	1
pues si cerrais los oi...	2
no vais a quedar ning...	1

APÓLOGO CHINO

Habiendo el inventor de la porce

NO	PRE	S
MI	RA	Q
POR	MUY	D
TAN	BIEN	S

No porlies, que es en vano:
entre callicidas mil
tan solo te hará provecho
el del gran LADIVONSIM.

Por primera vez, á últimos del pasado julio, vióse coronado el Mont-Blanc por un cuerpo de tropas, con armas y bagajes. Una compañía de cazadores alpinos hizo la ascensión hasta la cumbre del gigante (4810 metros).



Las soluciones en el próximo número

SOLUCIONES

a los pasatiempos del número anterior.
Reconstrucción:

NO	PRE	SU	MAS	DE	BO	NI	TA
MI	RA	QUE	LOS	CAM	PA	NA	RIOS
POR	MUY	DE	RE	CHOS	QUE	ES	TÉN
TAM	BIEN	SE	VIE	NEN	A	BA	JO

Colocado de esta forma se verá
que se lee:

No presumas de bonita
mira que los campanarios
por muy derechos que estén
tambien se vienen abajo.
Fraser hecha.—Irsele á uno la cabeza.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

B. C. F.—Barcelona.—El cuento es muy moral y está bien desarrollado, pero la forma deja algún tanto que desear.

M. G. N.—Toledo.—Perfectamente.
M. G. N.—Barcelona.—Su poesía es muy
amena, como puedo colegirse de los primeros
versos, que me permito reproducir.

Josef G. A. 19642 4 B. Jacinto Bassillo

que ha tenido la desgracia de perder a su costilla
poes á fuer de buen amigo para prestarle consuelo
carij pido y equitalito acompañarle en el duelo.

Luzbel.—¿Y como? Claro está que habiendo dado usted la caída *hache*, debe haber en su articulo unas caídas que hacen temblar el orbe: «Después de muchos muchos sufrimientos llegó un periodo en que perdí por comple-

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSÉRTESE O NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO EDITORIAL «LA IBÉRICA», PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid